

¿Y los Fenómenos?

(What of Phenomena?, Lucifer, feb. 1888)

[Artículo por H. P. Blavatsky]

A los editores de la revista "Lucifer":

"Me valgo de vuestra invitación a los corresponsales, para someterles una pregunta.

¿Por qué, actualmente, no se oye hablar más de las señales y de las maravillas que acompañaron al advenimiento de la Neoteosofía? ¿Quizá, la 'edad de los milagros,' ya haya tenido su final en la Sociedad?

"Con Respeto"

"o"

Aparentemente, nuestro corresponsal se refiere a los "fenómenos ocultos," los cuales no lograron producir el efecto deseado, sin embargo no eran, en ninguna acepción del término, "milagros." Se supuso que las personas inteligentes, especialmente los científicos, hubieran, al menos, reconocido la existencia de un campo inédito y profundamente interesante de investigación y pesquisa, una vez que presenciaran efectos físicos producidos voluntariamente y para ellos inexplicables. Se supuso que los teólogos hubieran acogido bien la prueba que tan tristemente necesitan en estos días agnósticos, según la cual el alma y el espíritu no son simples creaciones de su fantasía por ignorar la constitución septenaria del ser humano; sino entidades tan reales como el cuerpo y mucho más importantes. Estas expectativas no se realizaron. A los fenómenos se les comprendió y se les interpretó erróneamente, tanto en su naturaleza como en su propósito.

La explicación de esta circunstancia desafortunada no está muy distante si consideramos la luz que la experiencia ha irradiado actualmente sobre el tema. El binomio ciencia y religión no reconoce la existencia de lo Oculto ni de los poderes y posibilidades latentes en el ser humano. Con el término Oculto indicamos el sentido y el empleo que tiene en teosofía, es decir: una región sobrematerial, sin embargo no sobrenatural, gobernada por la ley. La religión atribuye cualquier interferencia con la rutina diaria del mundo material, a la voluntad arbitraria de un autócrata, bueno o malo, que reside en una región sobrenatural, inaccesible al ser humano y relevado de toda clase de ley, ya sea en sus acciones o constitución. Mientras, para conocer sus ideas y deseos, los mortales dependen totalmente de comunicaciones inspiradas, entregadas por un mensajero acreditado. El poder de efectuar los llamados milagros se ha calificado siempre como la credencial suficiente y adecuada de un mensajero celestial y la costumbre mental de considerar algún poder oculto con esta óptica sigue tan arraigada que, a cualquier ejercicio de tal poder se le considera "milagroso" o así se define. Es superfluo decir que: ver los acontecimientos extraordinarios de esta forma es

directamente antitético con el espíritu científico de la edad y no es la posición en la que actualmente se afina el segmento más inteligente de la humanidad. Hoy en día, presenciar los milagros no provoca, en la mente de la gente, un sentimiento de veneración y reverencia; sino de curiosidad.

La producción de los fenómenos se efectuó esperando despertar y emplear este espíritu de curiosidad. Se creyó que dicha manipulación de las fuerzas de la naturaleza que yacen bajo la superficie de las cosas que la ciencia moderna, rasga y picotea con celo y orgullo, hubiera conducido a la investigación en la naturaleza y en las leyes de esas fuerzas, que la ciencia ignora, mientras el ocultismo conoce perfectamente. Es cierto que los fenómenos suscitaron la curiosidad en las mentes de las personas que los presenciaron; pero desafortunadamente, en la mayoría de los casos, resultó ser una curiosidad infructífera. La mayoría de testigos desarrolló un apetito insaciable sólo por los fenómenos, sin pensar mínimamente en estudiar la filosofía o la ciencia cuyos fenómenos eran simplemente las ilustraciones triviales y, por así decirlo, accidentales, de su verdad y poder. Sólo en pocos casos la curiosidad despertada desembocó en el serio deseo de estudiar la filosofía y la ciencia por su valor intrínseco.

La experiencia ha enseñado a los líderes del movimiento que la condición y la actitud mental de la vasta mayoría de los cristianos profesantes, el corolario de siglos de enseñanzas supersticiosas, les impide, absolutamente, un examen imparcial de los fenómenos en su aspecto de acontecimientos naturales gobernados por la ley. La iglesia católica romana, fiel a sus tradiciones, se abstiene de examinar cualquier fenómeno oculto con el pretexto de que es, necesariamente, la obra del Diablo cuando esto ocurre fuera de su esfera; ya que tiene un monopolio legal del negocio de milagros legítimos. La iglesia protestante niega la intervención personal del Maligno en el plano material. Sin embargo, no habiendo jamás incursionado en el negocio de milagros, parece un poco dudoso que sea capaz de discernir un milagro auténtico si lo viese. No pudiendo, análogamente a su hermana mayor, concebir la extensión del reino de la ley más allá de los límites de la materia y de la fuerza, como las conocemos en nuestro actual estado de conciencia, se abstiene del estudio de los fenómenos ocultos bajo el pretexto de que yacen en el área de la ciencia más bien que de la religión.

Sin embargo, también la ciencia tiene sus milagros como la iglesia romana; pero, dependiendo enteramente del artífice del instrumento de la producción de tales milagros y pretendiendo ser la poseedora de la última palabra conocida en lo que concierne a las leyes de la naturaleza, no cabe duda que no habría aceptado cortésmente los "milagros" de cuyo aparato productivo fue omitida. Además, afirma que ilustran la operación de fuerzas y leyes que desconoce. En la vertiente de la investigación oculta, el trabajo de la ciencia moderna está sujeto a impedimentos tan engorrosos como los de la religión; ya que, mientras la religión no puede aprehender la idea de la ley natural en su aplicación al universo suprasensible, la ciencia no reconoce, rotundamente, la existencia de este último, al cual podría extenderse el reino de la ley y ni puede concebir la posibilidad de algún otro estado de conciencia que no sea aquello terrenal presente. En tal coyuntura, difícilmente podíamos esperar que la ciencia emprendiera la hazaña que le correspondía efectuar con mucho ahínco y entusiasmo. En realidad, aparentemente percibió el hecho

de que su deber consistía en tratar los fenómenos del ocultismo de la misma forma poco caballerosa que reservó a los milagros divinos. Así, los denigró con sosiego y cuando se vio obligada a dictaminar algo al respecto, no vaciló en atribuirlos a artificios fraudulentos, cables, trampas y así sucesivamente. Alcanzó este veredicto basándose en rumores y sin examinar el asunto.

Los guías del movimiento, cuyo esfuerzo consistía en llamar la atención del mundo sobre el gran campo desconocido de la investigación científica y religiosa que yace en el confín entre la materia y el espíritu, se encontraron en una situación difícil al descubrir que se les motejaba de emisarios de su Majestad Satánica o de grandes adeptos en la ciencia de la charlatanería. Sin embargo, el golpe más duro fue asestado por un grupo de personas cuyas experiencias, si correctamente entendidas, debían haberles enseñado algo mejor. Los espiritistas pregonaban que sus queridos fallecidos eran los artífices de los fenómenos ocultos, calificando a los líderes teosóficos como seres un poco inferiores a los mediums disfrazados.

Jamás se presentaron los fenómenos bajo una luz que no fuese aquella de la ejemplarización de un poder *sobre fuerzas perfectamente naturales aunque no reconocidas* y, de paso, sobre la materia. Los poseedores de tal poder eran ciertos individuos versados en un conocimiento del universo más extenso y más elevado que aquel de los científicos y los teólogos y que jamás ellos alcanzarán, si consideramos los caminos que ambos están recorriendo. Sin embargo, dicho poder están latente en todos los seres humanos y con el tiempo, cualquier individuo dispuesto a cultivar el conocimiento y conformarse con las condiciones necesarias para su desarrollo, lo ejercerá. Pero, exceptuando algunos ejemplos aislados y honorables, se acogió siempre como pseudomilagro o como la obra del Diablo, como trucos vulgares o divertidas trampas o como la actuación de esos "fantasmas" peligrosos, que se enmascaran en las sesiones espiritistas alimentándose con las energías vitales de los mediums y los concurrentes. Así, la teosofía y los teósofos, fueron el blanco de acometidas cortantes y rencorosas que procedían de todos lados, las cuales soslayaban completamente el hecho y la lógica. Se destacaban por su malicia, odio y crueldad, que serían sumamente inconcebibles si la historia religiosa no nos hubiese enseñado en qué clase de animales protervos e irrazonables se convierten los individuos ignorantes cuando perciben que una amenaza aletea sobre sus amados prejuicios y si la historia de la búsqueda científica no nos hubiera enseñado, en su turno, que, cuando la veracidad de las teorías de un erudito es puesta en entredicho, su comportamiento es análogo al de un ser ignorante.

Un ocultista puede producir los fenómenos, sin embargo, no puede proporcionar al mundo las capacidades cerebrales, la inteligencia y ni la buena fe necesarias para comprenderlos y apreciarlos. Por lo tanto, no es una sorpresa que se nos *aconsejara* abandonar los fenómenos dejando que las ideas teosóficas se sostuviesen por sus méritos intrínsecos.
